

Venenos de Dios, remedios del Diablo



Mia Couto

**VENENOS DE DIOS,
REMEDIOS DEL DIABLO**



TÍTULO ORIGINAL
Venenos de Deus, Remédios do Diabo
Editorial Caminho, Alfragide 2008

TRADUCCIÓN
Ana María García Iglesias

PRIMERA EDICIÓN DE TXALAPARTA
Septiembre de 2011

© DE LA EDICIÓN: Txalaparta
© DEL TEXTO: Mía Couto
© DE LA TRADUCCIÓN:
Ana María García Iglesias

EDITORIAL TXALAPARTA S.L.L.
San Isidro 35-1A
Apartado 78
31300 Tafalla NAFARROA
Tfno. 948 703 934
Fax 948 704 072
txalaparta@txalaparta.com
www.txalaparta.com

DISEÑO DE COLECCIÓN Y CUBIERTA
Esteban Montorio

MAQUETACIÓN
Monti

IMPRESIÓN
RGM
Igeltzera poligonoa, 1 bis, A1 pab.
48610 Urduliz - Bizkaia

ISBN
978-84-8136-621-1

DEPÓSITO LEGAL
BI. 2.201-2011



La imaginación es la memoria
que ha enloquecido.

MARIO QUINTANA

CAPÍTULO UNO

EL MÉDICO SIDONIO ROSA se inclina para atravesar la puerta, con el respeto de quien penetra en un vientre. Realiza una visita a la familia de Bartolomé Sozinho, el mecánico jubilado de Villa Cacimba. En la puerta, la esposa, Doña Munda, no desperdicia palabra ni gasta sonrisa. El peso del momento recae sobre el visitante, que inquiere:

—Entonces, ¿nuestro Bartolomé está bien?

—Está bien para seguir tumbado, con la vela y el misal...

La voz ronca parece distante, contrariada, como si le costase el asunto. El médico cree no haber entendido. Es portugués, recién llegado a África. Replantea la pregunta:

—Yo le preguntaba, Doña Munda, sobre su marido...

—Está muy mal. Tiene ya toda la sal esparcida por la sangre.

—No es sal, es diabetes.

—Él lo niega. Dice que si él es diabético, yo soy diabólica.

—¿Siguen discutiendo?

—Afortunadamente, sí. Ya no tenemos otra cosa que hacer. ¿Sabe lo que pienso, Doctor? Que las discusiones son nuestros votos de amor.

La dueña de la casa se para en mitad del pasillo, se coloca un mechón del cabello bajo el pañuelo como si aquella porción capilar fuese el último vestigio de su sensualidad.

—Dígame, Doctor, ¿no será que a Bartolomé le ha atacado esa enfermedad que corre ahora por la aldea?

—No, esta es otra enfermedad.

—Hace poco pasó por la calle uno de esos hombres enloquecidos, agitando los brazos, parecía que quería volar.

—El puesto de salud está lleno de ellos, casi todos son soldados.

—¿Sabe cómo los llama la gente del pueblo? Los llaman *desandariegos*...

—Sí, ya lo sabía. Es un bonito nombre: *desandariegos*...

—¿Cree que es una maldición?

—Eso no existe, Doña Munda. Las enfermedades poseen causas objetivas.

Munda toca la puerta de la habitación, la fortaleza donde el viejo se ha encerrado y ensombrece desde hace meses. Espera la malhumorada respuesta de Bartolomé. En vano. Doña Munda no escatima los nudillos de los dedos y, de nuevo, golpea la puerta. Cauteloso, el Doctor Sidonio le pide que se contenga.

—A lo mejor está durmiendo. Vengo más tarde...

—Este fulano se va a despertar.

A veces lo llama fulano, otras reduce el nombre del marido a Barto. Ahora, con el rostro apoyado en la madera, la mano de Munda sacude el pestillo. Por fin, el hombre se hace oír:

—¿Por qué?

Desde que llegó allí, a Sidonio Rosa le extrañan muchas cosas. Por ejemplo, ahora, la pregunta debería ser: ¿Quién es? Pero Doña Munda ya ha anunciado: Soy yo con el doctor. El hombre refunfuña: Que el médico entre solo, por-

que la esposa solo le altera el pulso, que la parta un rayo, con todo el respeto.

Lo aguardan. Entretanto, Doña Munda le va traduciendo al médico portugués los sonidos pastosos que se van colando a través de la puerta. Se escucha al viejo Bartolomé levantarse del sillón, lento como lava fría; se escuchan sus gemidos mientras se dobla para ponerse los calcetines. Ahora, dice Munda, ahora además tendremos que esperar a que se estire los calcetines hasta cubrirse las rodillas.

—Su marido le presta mucho cuidado a los calcetines...

—No es cuidado, es vergüenza.

—¿Vergüenza?

—Dice que tiene los pies llenos de escamas. Que las uñas ya le han crecido hasta rebasarle los dedos...

—Oiga, Doña Munda...

—Eso dice él, no soy yo. El viejo dice que su abuelo murió convertido en lagarto, eso es lo que dice...

Eso decía su Bartolomé: que era un mal de familia, que también él iba en camino de convertirse en lagarto. Pero la única cosa que iba arrastrando por el suelo es su pobre alma. La esposa refunfuña y, después, suspira:

—Ese necio nunca debió salir del hospital, estaba mucho mejor en la ciudad.

Pero no salió, huyó. Le habían conectado suero a la vena, dada su debilidad. Los alimentos entraban a su corriente sanguínea. Pero Bartolomé decía que era al contrario, que era él quien estaba alimentando al hospital, con los fluidos que le extraían. Esa sangre robada circulaba ahora por el edificio, escurría por las profundidades y se reflejaba en el tono encarnado de las puertas de sol. «El hospital es un lugar enfermo», reclamaba el viejo. Tan pronto logró escaparse de aquel antro regresó a sus antiguos rincones: «La casa y yo sufrimos una misma enfermedad: nostalgia».

—Fue la mejor cosa que me sucedió —se lamenta la esposa—. Lo mejor fue ese tiempo que el necio pasó en el hospital...

Doña Munda no termina el suspiro; la puerta, por fin, se abre en el momento exacto en que el portugués pregunta:

—¿Y le hicieron exámenes?

La aparición de Bartolomé interrumpe la respuesta. El exmecánico es una sombra fluctuante en la oscuridad. Sus manos examinan la hebilla del cinturón por miedo a que los pantalones se caigan.

—Ah, Doctor, es realmente usted... es que esa a veces me engaña; se disfraza sólo para que le abra la puerta.

El gesto firme es una orden para que la esposa se quede fuera. Con paso vacilante, Sidonio entra en la oscura habitación como si los olores sofocantes la ocupasen por completo. Bartolomé va por delante y arrastra los pies. Detrás le sigue la esposa, ganando terreno. Los pasos de Bartolomé son pequeños, como si estuviera en una prisión. Los de ella son redondos, de quien camina por una isla.

—Entonces, amigo, ¿se siente mejor?

—Yo sólo mejoro cuando dejo de ser yo.

—Me gusta verlo así, siempre filosofando.

—Perdone, Doctor Sidueño —dice el viejo—. A mí me gusta verlo a usted, pero no me gusta que me visite.

Sidueño es el nombre que la aldea le dio al portugués. Al médico incluso le gustó ese nuevo bautizo que lo obliga a estar más dispuesto a ser otro. Con la misma condescendencia, sonrío ahora al viejo enfermo:

—Vaya, ¿hoy estamos pesimistas?

—Entonces, dígame, ¿cuál es la cura para mi enfermedad, Doctor?

Tuvo el impulso de decirle: La cura para su enfermedad consiste en enfermar aún más. Pero Sidonio se contuvo y dijo:

—Vivir no tiene cura, querido amigo.

El viejo Bartolomé alterna los pies para esconder un agujero en el calcetín. Hasta en morir es minucioso. Con una mueca para protegerse los ojos del humo del cigarro, el jubilado mecánico inspira y gime por turnos.

—¿Ve estas ojeras? Ya son mayores que toda la cara. Es el hígado, el hígado ya se me ve en los ojos.

El hígado, para él, no es un órgano. Es un fluido que circula por las entrañas. A las puertas de la muerte, cualquiera se transforma en un saco de bilis.

—Y además ya no salgo de este maldito barco.

—¿Se refiere a los mareos?

—A los mareos, a esta porquería de balanceo, parece que aún estoy en la mierda del navío.

El navío era el barco *Infante D. Enrique*. Durante una decena de años, Bartolomé Sozinho había servido como mecánico en la sala de máquinas del transatlántico, atravesando mares en el fondo de una bodega tan oscura como su actual habitación. Había sido el único negro que formó parte de la tripulación y se enorgullecía mucho de ello. Después, todo terminó, el régimen colonial se hundió, el navío encalló, se transformó en chatarra y estaba, un poco como él mismo, esperando para ser abatido.

—Al verlo así con el uniforme blanco me recuerda al comandante del navío...

—Hombre, esta es una simple bata de médico.

—De verdad, hasta me parece que aún viajo en el barco, parece que escucho las aguas ondeando...

La nostalgia ondea, sí, en su mirada cuando enfrenta, en el marco colgado en la pared, su descolorida fotografía, perfilado entre cadetes y marineros del *Infante D. Enrique*. Suspendido del retrato, hay un emblema verde y blanco de la Compañía Colonial de Navegación.

—¿Doctor Sidueño?

—Diga, amigo.

—¿Ha traído el remedio?

—¿Qué remedio?

El viejo sonríe, triste. Se le bajan los párpados mientras sacude la cabeza. Un suspiro borra la frontera entre resignación y paciencia.

—Hombre, Doctor, el remedio de piernas, de pechos, del trasero...

—¿Aún insiste en esa idea, Bartolomé?

—Es la idea la que insiste en mí, Doctor, esa idea es la única cosa que me hace vivir.

Y recuerda, de forma repentina, como si temiese que el tiempo le faltara. Sucedió así: había dejado de salir; primero de casa, después de la habitación. Se había condenado a sí mismo a la prisión del dormitorio. La calle se fue convirtiendo en una nación extraña, lejana, inalcanzable. Muy pronto el habla humana le parecería algo extraño, ininteligible.

—No siento nada, Doctor. Sólo me siento.

Y fue sucediendo que, de tanto sentarse a esperar, sus partes bajas fueron bajando, como él mismo dice, fueron bajando, bajando. De las ingles bajaron a las rodillas, de las rodillas a los tobillos.

—Es por eso que no suelto los calcetines, mis intimidades casi raspan el suelo.

—En resumidas cuentas, ¿de qué tiene miedo, Bartolomé?

—Tengo miedo de pisarme los huevos...

No se ríe, pero tose. El médico, por simpatía, tose también. Desconfiado, el viejo mira para confirmar la veracidad de esa tos. Engorda el pecho, con respiraciones ansiosas y, de nuevo, suelta pausadamente las palabras, en cada frase aspira un poco de aire.

—Como ya no salgo, Doctor, ¿no me puede recetar unas muchachas de esas golosas, platicadoras, llenas de curvas?

—No lo sé, no lo sé...

—Ahora, según veo en la tele, hay unas negras de cabello rubio y ojos azules. Tráigame una de esas, Doctor.

Ansiaba el alboroto del corazón, agitar el cuerpo, ese pobre cuerpo suyo que, incluso sin sustancia, le pesaba, atacado por el hígado.

—Tráigame una de catorce, de quince años, pero que no fume.

—¿Una que no fume?

—Mujer que fuma, para mí, es un hombre...

—Me gusta que siga soñando, aunque sea con muchas imposibles.

—Estoy soñando una causa justa, Doctor. Porque si no fuese por el amor, o mejor dicho, si no fuese por la espera del amor...

Luego de juntar las rodillas se mira los pies como si contemplase la línea del horizonte; nostalgia del tiempo en que tenía suficiente salud para despreciar su propio cuerpo. Ahora le queda poca convicción, incluso cuando se lamenta:

—Soñar me deja muy cansado. Me cuesta mucho trabajo soñar.

—Si no soñase, ya habría guardado las herramientas en la caja.

Las herramientas estaban tiradas por el suelo. Se negaba a guardarlas.

—Me hacen compañía —así justifica el desorden. Doña Munda tiene otra explicación para aquel caos: el marido aún cree que le pueden llamar de urgencia.

—Cúreme de esos sueños, Doctor.

—Soñar es una cura.

—Los soñadores andan por ahí, perdidos y en sus aventuras, haciendo no sé qué, ni con quién... ¿No habrá algún remedio para dejar de soñar?

El médico se ríe, sacude la cabeza. Saca el estetoscopio del maletín, pero el enfermo se levanta, esquivo, en cuanto presiente la intención. Sidonio deja escapar el aparato que cae entre destornilladores, alicates y cachivaches del exmecánico. Bartolomé mira hacia un lado, con desconfianza animal:

—Todos elogian el sueño, que es el compensar de la vida. Pero es al contrario, Doctor. La gente necesita vivir para descansar de los sueños.

—Soñar sólo le hace estar más vivo.

—¿Para qué? Estoy cansado de estar vivo. Estar vivo no es vivir, Doctor.

El médico camina, paso a paso, entre las herramientas. Recupera el estetoscopio y lo limpia con la punta de la bata, ajeno a la mirada atenta del paciente.

—A decir verdad, no debería volver aquí.

—¿No quiere que vuelva?

—Es que entra en esta habitación maloliente y yo lo veo más como un enterrador que como mi salvador. Aquí, en este lecho, yo ya estoy en mi propio desfile fúnebre.

Enrolla las manos como si entre los dedos finos escondiese una paloma viva.

—Además, Doctor, creo que no tiene nada que hacer aquí. Vivo tan solo que ni enfermedad tengo para que me acompañe.

—Me corresponde a mí evaluar sus enfermedades.

—Yo he de morir de cualquier cosa, sólo por acabar de vivir.

—Pero hoy no, hoy no se muera, que es domingo...

Sidonio conoce la rutina de Bartolomé: el domingo es el día de la ventana. A media mañana se zafa del reuma-

tismo, se arrastra y se arrima a la luz, a contemplar la calle. No ve gran cosa, medio oculto entre las cortinas, y casi no escucha. Mejor así: los sonidos remotos ya no lo emocionan. A pesar de todo, envía saludos. ¿De qué sirve estar en una ventana si no es para decir adiós?

CAPÍTULO DOS

BARTOLOMÉ SOZINHO TENÍA VEINTE AÑOS en 1962. Para él, irremediable soñador, aquel fue el año del barco. En aquel momento aún vivía a orillas del mar. A dos océanos de distancia, el transatlántico *Infante D. Enrique* iniciaba su viaje inaugural en la llamada ruta ultramarina.

Casi un mes después, en Porto Amelia, hoy rebautizada como Pemba, el navío debió anclar lejos, por la falta de un puerto en la ciudad. Pequeñas lanchas iban y venían con una agitación jamás vista en aquella bahía. Para no mojarse los pies, los portugueses desembarcaban a horcadas sobre los negros.

Bartolomé trabajaba en el taller de su abuelo pero ese día faltó. Al comenzar la mañana se ofreció para llevar a cuestas a los pasajeros y, después de eso, pasó el resto de la mañana en la playa contemplando el navío. Nunca había visto nada que lo hubiese fascinado tanto. Aquella era una criatura híbrida entre agua y tierra, entre pez y ave, entre casa e isla. Pasaron horas y el cielo oscureció.

En el momento en que Bartolomé decidió regresar a casa, sucedió el milagro. Las luces del navío se encendieron y, súbi-

tamente, una ciudad emergió, aún mojada, del vientre del océano. Bartolomé se quedó pasmado y, en ese estado de asombro, balbuceó innumerables veces la misma letanía, como si estuviese rezando a un Dios aún por nacer:

—Ojalá que ese barco no salga nunca de aquí.

En casa ya se había cenado y el joven confesó a su hermano que, al final de la tarde, en plena playa, había tenido una visión: el navío era un ave zancuda que se había roto las piernas contra los arrecifes, al intentar levantar el vuelo en la bahía de Pemba. El hermano sentenció:

—Yo sé lo que pasa por tu cabecita. Es inútil, hermano, tú nunca pisarás ese barco. El pie del negro pisa canoa.

El abuelo corrigió. Se equivocaba, miles de negros habían dejado sus vidas para entrar en navíos de largo alcance. Durante cientos de años se embarcaron para no volver nunca. Y repitió, marcando las sílabas con la pipa:

—No se olviden que fuimos esclavos.

—Ojalá fuera esclavo para viajar en un barco —musitó Bartolomé, para que nadie lo escuchase.

Antes de dormirse, aún regresó a la ventana para admirar el navío encendido que destacaba contra las tinieblas. Y, de nuevo, suplicó:

—¡Una pierna! ¡Dios quiera que se rompa una pierna!

Al día siguiente se despertó con sobresalto: sus ruegos habían sido escuchados. Una avería había paralizado el navío. Pronto desembarcó una lancha en la playa, con una misión urgente: necesitaban encontrar a alguien que supiese de mecánica. Sucedió lo imprevisto: el mecánico principal del navío estaba enfermo, delirando con fiebres muy altas. La malaria había afectado también a sus ayudantes. Así que el abuelo preparó una caja de material y le dijo a su nieto:

—Ven conmigo.

Bartolomé entró en el navío como quien desembarca en el suelo lunar. Con los ojos nublados por las maravillas

y los pies vacilando sobre la realidad, recorrió la cubierta mientras el abuelo bajaba a la sala de máquinas.

El joven miró la línea de la costa e intentó identificar su casa, pero el villorrio, desde allí, parecía una colmena indistinta y eso le provocó un inesperado deseo de alejarse. El calor arrancaba del suelo ondulaciones del aire, como nubes de espejismo. Y le pareció, de repente, que la villa se había sumergido en el agua y que océano y continente invertían sus papeles.

Sin embargo, el mar es hábil para diseñar ausencias. El balanceo del navío hizo dormir al visitante, que se acomodó en un rincón de cubierta. Y el joven Bartolomé soñó que su aldea natal se convertía en un barco y se lanzaba al altísimo mar. Y clamaba, en lo alto de la proa: ¡Miren! ¡La tierra del negro se ha transformado en navío, estamos navegando por los infinitos océanos!

Voces alborotadas emergieron de la bodega y despertaron al niño soñador: había sucedido un accidente en la sala de máquinas y el abuelo se había hecho daño al intentar hacer más de lo que sabía. Le quedó un brazo inútil. El médico de a bordo lo atendió y se decidió que la Compañía Colonial de Navegación asumiría el costo del tratamiento: el abuelo fue conducido a Lourenço Marques y el nieto lo acompañó. En el camino, el comandante simpatizó con Bartolomé Sozinho. Prometió que le daría techo, escuela, un destino. Así comenzó todo.

En el siguiente viaje, el joven ayudante de mecánico se hizo a la mar y continuó así, hasta el final del régimen colonial. Cada vez que se embarcaba se alejaba más de sí mismo.

En los intervalos de reposo de las labores marítimas, cuando descansaba en el balcón de su casa, los vecinos le preguntaban:

—¿Y el mar es grande, Bartolomé?

—No es que sea tan grande —respondía—. Son los continentes los que están muy alejados.

Al final de su primer viaje, los familiares le hicieron una confesión: habían recibido una indemnización tan grande por el accidente del abuelo que ahora todos rezaban para que él, Bartolomé Sozinho, también sufriese un penoso percance. Fue en ese momento que decidió cambiar de residencia. Buscó una población que le recordara la vista nublada de la costa cuando miraba desde cubierta. Y eligió Villa Cacimba.

CAPÍTULO TRES

—MIRO HACIA LA CALLE, y con frecuencia veo el mar.

Bartolomé saluda vagamente hacia la nada antes de cerrar la cortina y resguardarse en la penumbra de su habitación.

—No ve el mar porque no quiere.

—Estoy enfermo.

—Soy yo el que conoce su salud. Debería aceptar mi sugerencia de ir a la costa, yo podría ir con usted...

—Ya no salgo de casa, usted lo sabe...

—Lo sé, pero no lo entiendo.

—Solo salgo de aquí si la casa sale conmigo.

Después de tantos años, dejamos de vivir en la casa y pasamos a ser la casa en la que vivimos.

—Es como si las paredes nos vistiesen el alma —dice el viejo, al tiempo que reparte su aliento entre el habla y el esfuerzo de sentarse en el borde de la cama.

Así se queda, pasmado, masticando recuerdos. «Debe estar escuchando el mar», piensa el portugués. Y guarda un respetuoso silencio mientras Bartolomé tamborilea con el índice de la mano derecha sobre los dedos de la mano

izquierda. Después, el jubilado mecánico murmura en voz baja:

—Siete.

—¿Cómo dice? —pregunta el médico.

—Fueron siete viajes... Ahora hacía un viaje, pero más rápido. Y veía el mar, mi otra casa... Fueron siete, sin contar las veces que huí de casa.

—¿Huyó de su casa?

—Pero esas eran otras naves...

—¿Qué quiere decir?

—Huí con mujeres, creo que también fueron siete...

Vuelve a contar con los dedos, demorándose en cada falange, entretenido en cada recuerdo. Suspende el recuento, con los dedos deformados, levantados en la vertical.

—Mis manos ya están en otra estación del año. Mire qué frías...

El médico le toca los dedos. Se quedan así, tomados de las manos, por un rato. No es por afecto: el médico aprovecha para tomarle el pulso. El viejo casi se duerme. Según él mismo dice: La vejez es así, se hace de noche a cualquier hora.

En los verdaderos tiempos nocturnos, el mecánico se veía atacado por insomnios, corrientes calurosas, fiebres muy duras. Tenía miedo de cerrar los ojos, miedo de apagar la televisión, esa pantalla a la cual transfiere sus complicados sueños.

—Esa máquina es genial, Doctor, ella sueña por mí, me evita el esfuerzo de soñar.

—Me gustaría auscultarlo, Bartolomé. Sé que no le gusta pero...

—No me gusta que usted me ordene respirar. No es algo que se le deba ordenar a nadie.

—Es para escuchar sus pulmones, el corazón...

—No es el corazón el que aún me retiene. Tengo otro tipo de ancla.

—Apuesto a que es el sueño.

—Es el recuerdo. Mi esposa aún se acuerda de mí. Es el olvido y no la muerte la que nos hace salir de la vida.

—Su esposa lo recuerda, y su hija también...

—Ah, Deolinda. Ella sí, ella sí se acuerda de mí.

Estira la colcha para que los bordes se ajusten al suelo. Bien que lo sabe: los fantasmas duermen bajo la cama. Los fantasmas y la caja de herramientas.

—No me gusta respirar en su aparato. Yo solo voy a dar el último suspiro después de morir.

Al final de la visita se repite la rutina: el enfermo desliza un mazo de sobres en el maletín del médico. Más cartas. Cartas que quería depositar en el correo. Sidonio examina las direcciones y deletrea las palabras garabateadas en los sobres.

—No vale la pena que me espíe, Doctor, porque yo escribo como con polvo, y uso tinta para hacerme invisible.

—No espío. Solo reparo en que una de estas cartas está dirigida a la Compañía Colonial de Navegación. ¿Pero esa compañía no dejó de existir?

—Debe haber otra compañía, tal vez la Neocolonial de Navegación, no lo sé...

—Bueno, la meteré en el buzón y la carta irá a esa dirección, es todo lo que puedo hacer.

—Le pido otra cosa: tenga cuidado... no se la muestre ni le diga nada al Administrador.

—Esté tranquilo.

—Tengo miedo de ese Alfredo Suexcelencia.

—No entiendo por qué.

—Ese hijo de puta odia mi pasado, dice que las mías son nostalgias coloniales...

El Administrador desestimaba sus glorias marítimas. Cuando Bartolomé desembarcaba del *Infante D. Enrique*, las personas lo miraban como a un héroe que había vencido horizontes. Suexcelencia minimizaba los hechos diciendo cosas como: Claro, esos colonos necesitaban un negro decorativo. No era por méritos propios que el mecánico negro iba en el navío. Era tan solo el instrumento para sostener una mentira: que no había racismo en el Imperio lusitano.

—Decorativa es la puta que lo parió.

—Tranquilo, Bartolomé. No vale la pena el alboroto, el Administrador ni siquiera está aquí.

—Lo que el tipo tiene es envidia... Le voy a mostrar algo, espere...

Con esfuerzo abre un cajón del armario. Un olor a naptalina se esparce cuando saca una bandera verde con rayas blancas.

—Suexcelencia me pidió, de rodillas, esta bandera.

—¿De rodillas?

—Pensaba que era una bandera del Sporting.

—¿Y no lo es?

—Es de la Compañía Colonial de Navegación. Del Sporting es él, ese satanás del Administrador.

Suexcelencia sufría de una envidia inconfesable por un pasado que no le había abierto ninguna puerta. Y es que vivía en un presente en el cual, a pesar del uniforme, él no era portero de nada.

—¡Nada de nostalgia del colonialismo! Yo de lo que tengo nostalgia es de mí mismo, nostalgia de Deolinda, mi hija... Dígame una cosa: ¿usted nunca llegó a conocer a mi hija Deolinda?

—Nunca –mintió Sidonio.

—Sabe, Doctor: yo que soy su padre no siempre la conocí.

Fue viendo a su hija crecer, sorprendiéndose de cómo se iba convirtiendo en mujer, de viaje en viaje, y se hacía

menos niña, menos hija, menos suya. Cada nueva estancia en casa había nuevos afectos, nuevas partidas, nuevas sorpresas. Y así fue siempre.

—La vida en el barco hizo de mí un ave con los hábitos migratorios alterados. Ya no sabía si iba o si venía.

De tanto ir y venir, ya confundía la partida con el destino. De tanto vivir en el mar, ya había perdido la patria en la tierra. Ya no era de ningún lugar. A eso pertenecía: a una ola, disuelta en la espuma.

—No se olvide de enviar esas cartas, Doctor.

—Así lo haré, quédese tranquilo.

—Las cartas son el único barco que me queda...

—Mientras que yo aquí, tan lejos de Portugal, no espero que nadie me escriba.

Con el mecánico había sido al contrario: toda su vida se había escrito, línea tras línea. Incluso lo que vivió con esta mujer, su actual y vigente Munda, todo con ella había quedado oficialmente registrado, el pedido, el abre-boca¹, el noviazgo. Aún ahora, cada vez que miraba un papel escrito, le venía a la boca el sabor de la pasión, el dulce aroma del idilio. E incluso la receta médica encima de la cabecera le parecía una carta de amor más. Era solo por eso que no hacía pedazos la prescripción jamás atendida.

El médico recoge el estetoscopio y los restantes instrumentos que ni llegó a usar. Se preocupa de separar sus utensilios de las jubiladas herramientas de Bartolomé. En el umbral de la puerta, el viejo mecánico le interrumpe la salida:

—A propósito, Doctor, ¿le pago o me callo?

—No entiendo.

1.- Abre-boca: valor monetario o en género que la familia del novio paga a la familia de la novia como primera señal para que se inicie el proceso de la dote (o *lobolo*, en varias lenguas de Mozambique) (n. de la r.).

—Hablo del pago de las consultas, de sus visitas. Mi mujer dice que ya le han pagado. Yo no sé nada...

El médico se desconcierta, finge mirar el pasillo que conduce a la salida. Parece que llueve, afuera. Para él, por lo menos, el mundo se va convirtiendo en un lienzo acuoso.

CAPÍTULO CUATRO

LA ESPOSA, DOÑA MUNDA, ESPERA EN EL PASILLO. La obediencia está escrita en la curva de su espalda. Sin embargo, en su voz hay restos de impaciencia:

—¿No se lo dije?

—Ni siquiera me dejó que le auscultara...

—Usted estudió las enfermedades. Yo, donde he aprendido es en la enfermedad.

—El sufrimiento siempre es nuestra mayor escuela.

—No hablo de eso. Hablo de este hombre, es él el que ha sido mi enfermedad, Doctor Sidueño.

Cuando era más joven, escuchaba a las demás, que estaban en la flor de la edad, lamentarse del destino. Nunca envidió algo con tanta fuerza. Porque para ella ninguna edad había sido fácil. Al envejecer y marchitarse, se atenuó su sueño de ser un pétalo, apenas le quedaba el recuerdo de la fragancia.

—Vea lo que ese mequetrefe me hizo, acabó con mi edad, ahora sufro de arrugas hasta en el alma.

—Usted aún es muy bonita, Doña Munda.

—Deje esos elogios para mi hija Deolinda.

Doña Munda tiene cincuenta años. Sabe su edad. Pero no parece tener la certeza de estar viva. Está convencida de que enviudará pronto. En la villa la conocen como «la semiviuda». De ahí que su casa se encontrara siempre a oscuras. El luto preparado de antemano evita la improvisación y las emergencias; ella se anticipa al desenlace. Y no es la opinión contraria del médico la que le roba la certeza: el marido no tardará en dar el adiós definitivo.

—Bartolomé ha hablado de pagos. ¿Usted sabe por qué?

—Ese fulano nunca sabe nada. El que no sabe nada desconfía de todo.

—Yo ya se lo he dicho, Doña Munda, lo que yo hago aquí, con ustedes, no es un negocio. No quiero oír hablar de los pagos.

—Ahora ese fulano se empecina en que tengo que dejar mi trabajo de lavandera.

Desde hace mucho tiempo Munda se gana la vida lavando ropa para el pequeño hospital de Villa Cacimba. Pero ahora que ha eclosionado la epidemia, el marido se opone a que la ropa contaminada de los desandariegos entre en el patio de su casa. No importa que las sábanas ya vengan desinfectadas.

—Tú sabes de lo que hablo, Mundita –razonó Bartolomé–. Se desinfectan los microbios, pero no se desinfectan los espíritus...

La orden acabó por matizarse: la esposa lavaría solo la ropa que no proviniese de la enfermería donde estaban confinados los desandariegos.

—Vea mis manos, Doctor Sidonio. ¿Cree que están enfermas, mis manos?

El médico contempla a la mujer y observa sus semejanzas con la hija, Deolinda. Doña Munda es mulata. En la región no se conoce a otra mestiza que se haya casado con un negro. Ella dio el paso con valor. Tuvo que romper con

la familia que la acusó de «hacer a la raza andar hacia atrás». Bartolomé Sozinho también se vio obligado a cortar lazos con los suyos. Llevar una mulata al seno familiar era una osadía, más que eso, una traición. «Pero ella es casi negra», argumentó. «Los mulatos son negros solo cuando les conviene», le respondieron.

El día en el que el joven Bartolomé Sozinho, vistiendo el mejor traje de su mejor amigo, se presentó frente a la familia de la novia, proclamó con solemnidad:

—¡No soy negro!

—¿Entonces?

—Soy extremadamente mulato.

A pesar de todo, y contra las previsiones, la raza no «retrocedió». Deolinda era de piel clara, más clara que su propia madre. Por no hablar de los tonos de piel que se ocultan en las partes más resguardadas del cuerpo.

—Es verdad, toda ella es muy clarita –confirma Sidonio.

—¿Cómo lo sabe?

—No olvide que soy médico, Doña Munda –responde sin pestañear.

Y le da otro rumbo a la conversación:

—A propósito, me quedé con la impresión de que nuestro Bartolomé está de mucho mejor humor, bastante más despierto.

—Ese fulano –así se refiere al marido–, ese fulano sigue exhibiéndose en la ventana frente a las niñas...

En el fondo se avergüenza de él. Hace años que Bartolomé babea mientras contempla a las niñas en la calle. Si un día se abriese la puerta y apareciese una moza de carnes opulentas, ese fulano se quedaría petrificado.

—Hombre que babea no muerde.

Ese anticipado fracaso tiene, para ella, un sabor de victoria. El médico siente en ese vaticinio la consumación de la antigua venganza.

Sidonio apoya el paraguas en un rincón para después seguir a la dueña de la casa hasta la cocina. El objeto, para él habitual, luce extraño en aquel contexto. Allí nadie se protege de la lluvia. Se espera simplemente a que pase. En Villa Cacimba solo existen las sombrillas. En los días límpidos es necesario abrigarse del astro rey. Lo que no vale la pena es esperar a que la niebla pase en las mañanas sombrías. La niebla —que le ha dado el nombre al pueblo— es el hollín de las nubes. Y en ningún otro lugar del mundo hay tantas nubes ardiendo.

—¿Es verdad que su marido se ha ido siete veces de casa?

—Yo no cuento las salidas. Cuento solo las veces que ha vuelto...

—Está bien.

—Y le digo, Doctor: no he perdido, porque volvió más veces de las que salió.

—Bueno, es una manera curiosa de hacer cuentas...

—A mí, mi marido me llegó siempre multiplicado...

Llena la criba de arroz. Limpia los granos con la lentitud de una caricia. Se escucha el estruendo de un trueno, las cigarras suspenden el canto. El silencio, en un segundo, se hace mayor que la sabana. Después, poco a poco, los insectos regresan al estridente concierto.

—Perdone la curiosidad, son dudas profesionales, pero en esas siete salidas, ¿no reparó en alguna enfermedad que él hubiese agarrado?

—Cuando se iba ya estaba enfermo, partir era su verdadera enfermedad.

—Pero todas esas mujeres...

—¿Otras mujeres? ¿Quién le ha dicho que había otras mujeres?

—Pero, entonces, ¿que no se fue de casa?

—Se fue por otras razones. Existen otros motivos en este mundo, además de las mujeres...

—Perdone, Doña Munda, no quiero entrometerme en esas cosas. Pero soy médico, necesito conocer sus enfermedades pasadas. Incluyendo, debo insistir, las enfermedades venéreas.

—Mi marido siempre me fue fiel. Durmió con otras pero nunca me traicionó.

—Perdone, no entiendo.

—Cuando me fue infiel yo fui infiel junto a él.

—Sigo sin entender.

Una estrategia que había imaginado para pastorear los devaneos sexuales de su compañero. Por la noche, cuando el hombre ya estaba dormido, ella le susurraba al oído invitaciones maliciosas, disfrazando la voz, haciéndose pasar por otras mujeres. Y le incitaba con picardías, juegos para sazonar el momento y causar escalofríos en las carnes. Hacía eso para que él soñase libremente con las más diversas amantes y se contentase así, vasto y bastante, con los sueños. En la vida real, el marido se dedicaba solo a ella.

—Él me fue infiel, pero solo con las imaginarias.

—Ahora lo entiendo.

—Yo fui siempre sus putas.

—Cuánta astucia, Doña Munda. Me quito el sombrero.

La amplia sonrisa en su rostro recuerda el florecer de la hierba. Ningún rastro de orgullo, ninguna bandera de vanidad.

—Me he putificado tanto, Doctor –repite.

Pero no es un lamento. Una simple constatación. Y suspira, para concluir:

—Para la mujer hay dos momentos felices en la cama: el primero cuando el hombre se lanza sobre ella, el segundo cuando se baja.

Agita el arroz en la criba para separar las impurezas. Después se vence a sí misma y llega la confidencia:

—¿Puedo decir algo, Doctor? Esas veces que fui puta, fueron mis únicos momentos de placer.

Ese tiempo, sin embargo, acabó. Ahora, ya ni esposa ni puta. Hace años que la pareja se ha apartado, cada cual en su habitación, cada cual en su sueño.

—Ahora somos como el dedo y el anillo: no nos hacemos falta, pero no vivimos lejos uno del otro.

Parece aceptar el peso del destino. Al menos, al final de tanta batalla sin gloria, le queda un despojo de guerra: la culpa. Del resto, Mundita comparte la condición de las demás mujeres de Villa Cacimba: avergonzada de nacer, temerosa ante la vida y triste por no saber cómo morir.

—¿Puedo preguntarle una cosa? ¿Por qué empezaron a dormir separados?

—La vida es un río, Doctor: el agua junta y separa.

—¿Es feliz, Doña Munda?

—No es que sea infeliz. Lo que pasa es que no soy feliz.

Y se explica: la doble ausencia de felicidad e infelicidad es aún más penosa que el sufrimiento. El verdadero castigo no es el infierno con sus llamas devoradoras. La condena mayor es el purgatorio eterno.

—Una cosa he aprendido en la vida: quien tiene miedo de la infelicidad nunca llega a ser feliz.

Y sonrío, acariciada no se sabe por qué recuerdo. Después mueve la cabeza, apoya el brazo en la rodilla para levantarse. Por fin, enfrenta al médico y lo mira directamente a los ojos.

—Pero cambiando de tema, Doctor, vamos al asunto en cuestión.

—¿Qué asunto?

—¿Ha traído el remedio?

—¿Cuál remedio? Su marido no necesita nada.

—Oh, Doctor, ¿se le olvidó? Quiero un remedio para que se ponga peor, un remedio para que se ponga malísimo... para que él... bueno, ya le dije...

El médico portugués gira por la sala; la conversación se volvió, de golpe, muy pesada.

—No diga eso. No cuente conmigo, Doña Munda, yo soy médico, curo personas...

—Entonces cúreme a mí. Bartolomé está tan enfermo que ya es más enfermedad que persona.

—Soy un médico...

—Él está enfermo pero soy yo quien sufre sus dolores. Siempre fui yo. No soporto más.

Munda deposita la criba en el suelo para rodear, con ansia, las manos del médico. Aún hace poco era el viejo Bartolomé Sozinho el que le apretaba los dedos como si quisiese aprisionar el alma del visitante. Ahora es la esposa la que suplica por una muerte tan limpia y leve que no dejaría ni un arañazo en la memoria. Que aquello no era ninguna inmoralidad. En el fondo el marido ya estaba muerto, el remedio serviría solo para que él, Bartolomé, se diera cuenta.

Con gestos bruscos, Sidonio se libera de las manos. Al levantarse, tropieza con la criba y el arroz se esparce por el suelo. El médico, aturdido, se disculpa y, con paso rápido, se aleja por la calle.

La puerta de red se queda golpeteando, como si prolongase la insistencia de Munda:

—No lo olvide, Doctor Sidueño. No se olvide del remedio.